

LUTO EN LAS LETRAS CENTROAMERICANAS

**CUATRO
ESCRITORES
GUATEMALTECOS
EXPRESAN
EL DUELO**

**RIGOBERTO BRAN AZMITIA
JOSE A. MIRANDA
MARIANO LOPEZ MAYORICAL
ANTONIO DU TEIL**

El pasado viernes santo, a las doce horas en punto, recibió cristiana sepultura quien en vida fuera el señor licenciado Virgilio Rodríguez Beteta. Pocos, pero entrañables amigos y familiares, le acompañaron hasta la última morada, pues habiendo fallecido el jueves, cuando ya entraba la noche, y siendo que los medios de comunicación estaban suspensos —radio, prensa y televisión—, no fué posible que tan infausta noticia la conocieran todos los sectores ciudadanos. Únicamente por teléfono, de un amigo a otro, fué dable dar tan dolorosa información.

Murió el licenciado Rodríguez Beteta de un síncope cardíaco, pero en forma inesperada, pues si bien desde hacía algunos días se encontraba sufriendo de ligeros quebrantos en su salud, el jueves santo, a eso de las tres y media de la tarde, le pidió a su esposa, doña Carmencita, que le sacara para hacer su acostumbrado paseo por el sur de la ciudad. Así, abordó el vehículo y se encaminaron por la carretera a El Salvador. Don Virgilio conversaba con su esposa e hijita, Luz de María. Únicamente se le notaba alguna dificultad al hablar, pero se pensó que era el resultado de un reciente resfriado. A la altura de San José Pinula, don Virgilio pidió regresar, pues quería escuchar unas marchas al paso de Jesús de Candelaria por el centro de la ciudad.

A eso de las cinco de la tarde la familia Rodríguez Beteta alcanzó la esquina de la doce avenida y octava calle; pero un mar humano taponaba todas las bocacalles, aunque de lejos se escuchaban los acoplados bajos de las bandas. Así, alcanzaron la sexta calle, cruzaron por la sexta avenida y se encaminaron al hogar. Don Virgilio quitó llave y quiso, antes de subir a su cuarto, ver su jardín. —¡Qué bella está!, dijo. Y acto continuo se encaminó a su habitación. Personalmente se cambió de ropa, pues dijo que se sentía un poco cansado. Carmencita tomó asiento a su lado para dedicarse a una labor de crochet y Luz de María, su hijita de 14 años, dióse a hacer un crucigrama, para lo cual le preguntaba datos a su cariñoso papá. En un momento, don Virgilio pidió el crucigrama, tomó la pluma y completó una casilla.

La familia, en unidad de hogar, veía caer la tarde y entrar la noche. Don Virgilio hablaba con dificultad, pero respiraba bien. Pero, de momento, dijo que le dolía la cabeza, sintió un escalofrío en el cuerpo, movió la cabeza, por lo que su esposa e hija trataron de sentarlo. Vino después un largo suspiro, dos o tres estertores, el desfallecimiento de un brazo, de la mirada. Luz de María salió acompañada de la muchacha, a las casas vecinas, pero nadie estaba. Todos habían salido. Se llamó a un médico por teléfono, a otro, pero nadie contestaba. Acudió la Cruz Roja, pero el diagnóstico fué doloroso: don Virgilio había fallecido. El reloj marcaba un poco más de las seis de la tarde.

No había medios de comunicación. Sólo la vía telefónica, como que, esa misma tarde, a eso de las cuatro y media, desde Atilán había hablado doña Marta Rodríguez Macal de Kepfer, hija de don Virgilio, preguntando por su mamá. Personalmente don Virgilio le respondió, sin que nada evidenciara que minutos después moriría. Avisados los familiares, acudieron a la casa, buscando trasladarlo a un hospital. Pero ya no fué posible hacer nada.

El cadáver de don Virgilio fue velado en los funerales Reforma. Una austera caja negra acogió sus restos mortales. Al fondo, un crucifijo de bronce. A los lados, cuatro gigantescos cirios. Allí, ante tan desgarrador dolor, su esposa comenzó a recibir la condolencia de los amigos de don Virgilio. Se trató de dar aviso a la cancillería, pero todos los funcionarios se encontraban ausentes. El jefe de protocolo, don Antonio Chocano Batres, se movilizó; pero siendo Viernes Santo, no fué posible hacer nada.

El viernes santo, por la mañana, valiéndose únicamente de la vía telefónica, acudieron los amigos. Entre otros, el licenciado Clemente Marroquín Rojas, director de LA HORA y Vicepresidente de la república; miembros de la Sociedad de Geografía e Historia, de la cual don Virgilio fué su fundador.

A las once horas, el cadáver de don Virgilio salió rumbo al Cementerio general. Al traspasar los umbrales de la Ciudad del silencio, amigos y familiares tomaron el féretro en hombros. Le seguían los amigos, Su esposa e hija, asistieron a tan dolorosa prueba.

El licenciado Antonio Duteil, tomó la palabra a

nombre de la Comisión nacional de la UNESCO, de la cual era, al morir don Virgilio, su director.

A nombre de la Sociedad de Geografía e Historia, habló su presidente, profesor Francis Gall. Reseñó la meritoria vida del licenciado Virgilio Rodríguez Beteta, quien, desde su juventud, dió lustre a las letras nacionales; a la administración pública, a la diplomacia. Trajo a referencia que, en 1922, don Virgilio fué uno de los más entusiastas guatemaltecos por fundar la Sociedad de Geografía e Historia, de la cual, al morir, era su presidente honorario. Muchos tomos de la revista Anales continen eruditos trabajos de investigación histórica, debidos a la pluma del ilustre guatemalteco desaparecido. —Todavía hace algunas semanas —dijo el profesor Francis Gall— don Virgilio escribió la letra de Marcha dedicada a la sociedad. Pieza de altos quilates, en cuyas estrofas se reseña la gloria e historia de la institución. Agregando que, arriba de los ochenta años, don Virgilio alentaba básicamente la cultura patria, no sólo escribiendo en los periódicos, sino honrando con su presencia actos culturales y académicos. Su privilegiada memoria, la lucidez de su pensamiento, fueron hasta el último momento faro de orientación en la comisión de la UNESCO, de la cual era director.

Quien escribe estos apuntes, amigo de la familia Rodríguez Beteta, también le dijimos adiós al distinguido maestro, decano de los periodistas de Guatemala. Lo hicimos a nombre de la asociación de autores y amigos del libro nacional, de la cual don Virgilio era su socio activo; y a nombre de la APG. Recordamos que don Virgilio fué, durante su larga y fecunda vida, luz intelectual para tres generaciones de guatemaltecos. Director —en 1909— de Diario de Centroamérica, periódico que modernizó. Fundador desde su juventud de asociaciones científicas, si históricas y literarias; viajero ilustre, que representó al periodismo nacional y a la patria en varios congresos internacionales. Y, como diplomático, supo poner muy en alto el nombre de Guatemala, como que, durante la guerra civil española, hizo triunfar su tesis de que era al país que asilaba al que le correspondía calificar sobre el derecho de asilo. De esta manera, salvó la vida a millares de españoles. En Chile mereció la estimación general; en Colombia, salvó la vida a un capitán de aviación, de apellido Silva. En Honduras —como embajador—, evitó la guerra entre dos países hermano, haciendo ver que no se trataba de una guerra entre hermanos; sino que era una guerra de bananos... (la pugna entre dos compañías bananeras).

Recién iniciado el régimen del general Ydígoras Fuentes, don Virgilio fue secretario de información, donde mereció el respeto y aprecio de los periodistas. Posteriormente, asumió la dirección de la UNESCO, donde realizó una obra maravillosa, fundando bibliotecas, editando libros, propiciando la cultura. A su avanzada edad, se le veía en actos culturales: en la biblioteca, hemeroteca, archivo, exposiciones, colegios; jurado en concursos literarios, de oratoria. Muchas veces, a solitud, improvisaba brillantemente.

Su actuación en la vida pública y diplomática, no le restó tiempo para dedicarse a la investigación histórica. Deja en periódicos y revistas del país, Centro y Suramérica (y España), páginas antológicas. Editó mu-

chos libros, entre otros: Ideologías de la independencia; Historia de Guatemala grande (Petén-Belice); Historia de la imprenta en la colonia; Los dos brujitos mayas (cuentos); Historia del filibusterismo en Nicaragua. Y, tenía listos los originales de la Historia de la primera Gaceta de Guatemala —1729— Dejó escritas sus memorias.

Al morir, tenía el cargo de embajador en disponibilidad. Se hizo acreedor a las condecoraciones La Gran Cruz de la Orden del Quetzal, de Rubén Darío, Bernardo O'Higgins, William Prescott e Isabel la Católica; miembro de varias academias literarias y de historia de América y España; en 1915, fué nombrado presidente honorario del congreso mundial de periodistas, celebrado en San Francisco California; fué iniciador de la Asociación de estudiantes del instituto nacional colaboró en pro de la creación de los premios Flores y Gálvez; en 1925, fué presidente del comité que repartió los restos de exjefe de estado Mariano Gálvez; tuvo a su cargo el discurso, hace pocos días, en la inauguración del panteón de los hombres ilustres.

Largo resultaría enumerar la brillante trayectoria del licenciado Rodríguez Beteta, quien nació un diez de marzo de 1885. Con su muerte, desaparece uno de los guatemaltecos más ilustres, verdadero hombre integral. Dominó la historia, la literatura, la oratoria; fué embajador, hombre público, político, académico, ameno conversador y gran amigo. Guatemala sin duda alguna, ahora pesa menos. Se ha ido quien durante casi 70 años proyectó su pensamiento a tres generaciones de guatemaltecos.

Queden nuestras palabras, pronunciadas en el cementerio, como una muestra de nuestro cariño y respeto; la hemeroteca también perdió a un amigo y colaborador, como que hace algunos años donó varios tomos del Diario de Centroamérica.

Y para su esposa, doña Carmencita y para su hija Luz de María, nuestra condolencia; lo mismo que para sus hijos, doctor Guillermo Kepfer y señora Marta Rodríguez Macal de Kepfer; Roberto Rodríguez Beteta y señora; y demás familia.

RIGOBERTO BRAN AZMITIA Periodista guatemalteco.



Ciertas coincidencias tienen sentido infausto de lo inexorable, como la muerte de Jesús Nazareno en Viernes, que por esa circunstancia fue santificado para siempre y destinado al recogimiento y al descanso; los que mueren en este día no llevan coronas, las floristerías están cerradas. Virgilio Rodríguez Beteta murió el Jueves, pero fue enterrado el Viernes Santo a las 11:30 del 24 de marzo de 1967.

La visión de su sepelio se me grabó. ¡Cómo caían sobre su sepulcro las últimas pelladas que el albañil azotaba con la llama, en sordos golpes con resonancias de eternidad!

Para que se cumpliera la sentencia de un gran pen-

sador, quien dijo que ninguna tumba debería cerrarse, sin que se abriera una boca para despedir al que se va, tres oradores pronunciaron elocuentes discursos en elogio del extinto: Antonio Du Teil, a nombre de la UNESCO, de la que era director en Guatemala Rodríguez Beteta; Mariano López Mayoral deshojó sus frases reposadas a nombre de la Sociedad de Geografía e Historia; y el periodista Rigoberto Bran Azmitia, dijo su oración a nombre de la Asociación de Periodistas de Guatemala y de la Asociación de Autores y Amigos del Libro Nacional. Cada uno realizó distintas facetas de la personalidad yacente: Du Teil expresó concisamente su juicio sobre el escritor y sus actividades cívicas; Mariano López Mayoral exaltó su carácter de historiador, y de sociólogo, aludió a algunas de sus obras, a sus actividades intelectuales, entre ellas, a la de la Sociedad de Geografía e Historia de la que fuera uno de sus fundadores; Rigoberto Bran Azmitia, en tono lírico, hizo el elogio de sus aspectos humanos, como diplomático precursor del Derecho de Asilo en España, en el humanitario empeño de salvar vidas durante la guerra civil de 1936-39, aludió a su amor a Guatemala, manifiesto en sus libros, y a sus actividades personales: en lo diplomático, en lo periodístico o, bien, como líder político; los tres coincidieron en que era gran escritor, investigador de nuestra historia, una conciencia honrada, un patriota, un buen guatemalteco.

Después que lo dejamos en el sitio de descanso eterno, solitario, con el rumor de las abejas de su ingenio y de la luz de su cerebro que nos deja sus obras, todas nutridas de ideas útiles para su patria, nos quedamos pensando cuán increíble parecía lo repentino de su partida con la palabra aún en los labios. De súbito se volteó del lado de las sombras para no ver hacia atrás el mundo que dejaba, y dio el paso hacia lo desconocido justamente cuando ya había escrito el último capítulo de sus Memorias Autobiográficas, con aquella sonrisa volteriana que lo caracterizó.

Algunas veces me habló de sus Memorias. En Mundo Libre publicó varios artículos en serie, que después me revelará que eran capítulos de sus Memorias y que lo había hecho para que Carlos Wylde Ospina que residía en Quezaltenango y trabajaba en el Banco de Occidente, al igual que Alberto Velásquez, otro gran poeta, en el Banco de Guatemala, los leyera y tuviera oportunidad de rectificar las inexactitudes en que pudiera haber incurrido; en efecto, Wylde escribió sobre el tema ampliando la parte que a él le correspondía.

Creo que fue su última obra, la biografía sintética de Adrián Recinos, insigne americanista y castizo escritor, la cual bien podría titularse *microbiografía*. No es un estudio de las obras de Recinos, de su actuación como hombre público, ni como líder político del liberalismo guatemalteco, en cuyas filas desempeñó brillante y conspicuo papel a la caída del Presidente Herrera y durante el período presidencial del ingeniero José María Orellana; es un relato de su propia vivencia con Recinos en las bancas del Instituto Nacional Central de Varones, en las aulas universitarias, en sus relaciones de amigos y compañeros y, posteriormente, ya en la vida pública, como funcionarios, como profesionales y empleados en el gobierno. Cuando al terminar su biografía sobre Recinos hablamos sobre ella, me explicó que él hubiera

querido darle más extensión y colorido; pero encontró que "Don Adrián, o Adrián", como le llamaba Doña María su esposa, llevó vida de presbítero metodista, sin romances ni aventuras, ni siquiera tuvo época de la cacería y de batallar por la vida —de ser perseguido por la Vaca Rabiosa como llama a la pobreza Francis de Miondre—, puesto que desde su niñez vivió con holgura económica, debido a que sus padres poseían fortuna aunque no cuantiosa, que le aseguraba el bienestar

Virgilio Rodríguez Beteta, nos deja, además de la síntesis biográfica de Recinos, doce obras más publicadas: "Evolución de las Ideas Coloniales", "Ideologías de la Independencia", "Aspectos Económicos del Problema de la Unión Centroamericana", "El Libro de Guatemala Grande", dos tomos, el primero trata sobre historia, antropología, y arqueología mayas de El Petén; y el segundo, es un estudio de geografía agropecuaria como posibilidades de esa vasta y fértil zona petenera, producto de su exploración personal por esas remotas selvas, y de datos de informes y obras de autores como Thompson, Ludell, Dr Kline, Dr Cuuningham, etcétera; "Biografía de Máximo Soto Hall", "La Política Inglesa en Centro América", "La Obra poética de Batres Montúfar", "Evolución de la Imprenta, los Libros y el Periodismo Coloniales", "Los Dos Brujitos Mayas", "La Patria Maya", "Responsabilidad de los Estados Unidos en la Pérdida de Belice", y "Trascendencia Nacional e Internacional de la Guerra Centroamericana contra Walker y sus filibusteros".

Además de esas obras, deja inéditas: "La Historia del Primer Periódico: "La Gaceta de Guatemala" (1729-1731), "La Segunda Gaceta: Genial y Fundadora del Verdadero Periodismo en Guatemala, "Sangre de Indios", drama histórico en tres actos, libro de juventud; "Las Debilidades con que Nació Centro América", y "Memorias Autobiográfica", en las que relata la verdadera causa de la disputa de límites y de que estuvieron a punto de ir a las armas Guatemala y Honduras; contiene amenos recuerdos de la época del presidente Estrada Cabrera y su actitud diplomática durante la guerra civil española, y de cómo, debido a esas actividades humanitarias, resultó ser precursor del Derecho Americano de Asilo Diplomático a los perseguidos políticos. Creo que después de José Milla, Rodríguez Beteta es de los más fecundos

JOSE A. MIRANDA
Escritor guatemalteco.

¡Vida ésta, ante cuya multiplicidad de fisonomía y acentuaciones habrá de detenerse absorta la pluma del biógrafo de mañana; vida ésta, ante la cual qué había de poder la muerte! Forja su carácter, dándole vuelos a su inteligencia de gran señor, en lo errante de la vida diplomática. Hombre de conocimientos y grandes recursos, orador de encendida palabra, escritor erudito y sagaz, conversador ameno, diplomático sutil, periodista que persigue nobles causas, profesional que ajusta sus proceder a realizaciones enaltecedoras. Po-

seedor de una memoria privilegiada. Me cabe en suerte conservar —como un recuerdo impercedero— en mi magnetofoniteca, quizá su última actuación en la vida pública (exactamente hace 24 días), con la brillantez que solía darle a sus actuaciones, pensando siempre en conceptos de Patria, todo ello con ocasión a la inhumación simbólica de Enrique Gómez Carillo y la de los restos del poeta Domingo Estrada, en el monumento de los "Intelectuales Ilustres..", al que llegarán en forma selectiva un reducido número y si la patria es fiel —en su tiempo— serán otros los que al integren a descansar en él. La ecuanimidad de la historia sigue su curso. Catedrático del MAYISMO, abastecido en fuentes propias e ilustrado en archivo particular y ajeno. Sus decisiones de Ministro de Guatemala, ante los gobiernos de España y de Honduras, son dignas de todo encomio

Nunca soslayó la actividad necesaria, cerrando el período de sus intervenciones, para retirarse y que la vejez lo reciba dulcemente en su seno, y desde la eminencia de su ya glorificada ancianidad, mira con su casta sonrisa de abuelo feliz, el brotar de los retoños vigorosos y el multiplicarse de las progenies robustas. Ha cumplido su misión sobre la tierra; está aureoleado de canas; lo he visto construir, hilar por hilar el monumento común, y, más grande él mismo cuanto más grande la patria de sus insomnios, muere cuando más tormentoso es su destino, siendo un hecho inflexiblemente cierto, que su naturaleza portentosa lo defendiera de cerrar los ojos para siempre, sin antes compenetrarlos en ensueños de grandeza. Cuántas veces no conversamos de los riesgos de ese tenebroso futuro, sin embargo él tenía fe inquebrantable en el mañana y así expresaba sus sabias enseñanzas de comprobada experiencia. Está presente en todo lo creador y de ahora en adelante lo estará arriba y de vanguardia, en todas las rotaciones de la levantisca nacionalidad. ¡No él no ha muerto! Rodríguez Beteta, el viejo árbol nuestro eternamente verde porque lo refresca el jugo nutricio de un cariño inextinguible

En Honduras y cuando el rompimiento y la hora trágica se acercaba, cuando principiaría el despedazarse de hermanos contra hermanos, supo sortear las graves circunstancias y la paz volvió entre los hombres; la santa paz de Dios, fecunda de los cañones condenada a silencio perpetuo; Krupp, Máxim, Creusot, fabricando máquinas y herramientas

He aquí, se dirá, una bella utopía. ¿Pero, por ventura todas las cosas grandes no han revestido alguna vez el tinte candoroso de la utopía, como todo hombre ha sido niño, toda rosa capullo, todo brote semilla, todo placer esperanza? Utopía. ¡ Palabra ingrata, que sólo sirve para señalar la trayectoria vergonzante de la Verdad, desde su gesta dolorosa hasta la triunfal consagración; vocable amargo con que la ignorancia o la rutina de todos los tiempos macularon las palpitaciones más selectas y flagrantes a los visionarios del ideal; primera palabra que befó a Sócrates, primer murmullo siniestro que resonó a las espaldas del Nazareno, primera contorsión del rostro con que Salamanca mancilló a Colón, mueca eterna con que las demás salamanecas de la historia negaron a Hegel o martirizaron a Copérnico o abrieron para el viejo Galileo las puertas de la cárcel; primera cruz en el Calvario de todas las excelsitudes,

primera nube que en los días bárbaros se adelantó a velar la claridad de los plenilunios!

Durante el tiempo que representó a Guatemala, en la Madre Patria España, donde hizo respetar el derecho de asilo, extiende en todas sus dimensiones nuestra bandera azul y blanco, la que protege y cobija, en los trágicos días, a un sinnúmero de niños, adolescentes, mujeres, sacerdotes y ancianos, que se hubieran convertido en pasto de la hecatombe, consecuencia ignominiosa de la guerra civil, cruel en todos sus aspectos. .

Con rara unanimidad palpita en todas partes el concepto de que el país acaba de experimentar un desgarramiento y de que pocas veces con mayor motivo que ahora la bandera de la Nación se ha abreviado en la media asta de los grandes infortunios. . Ha muerto un alto espíritu, una mentalidad de privilegio, un hombre de acción, un esposo tierno, un padre cariñoso, una maduración esenciada de esta democracia, un arquetipo de civilidad de eficacia y de cultura es que se ha detenido para siempre una energía en marcha y hay un fulgor menos entre las luces de la República. El molde de este varón moderno, de formas propias, solidarizado con el país, obligado como un precursor, noble por la pluralizada razón del instinto y cuyas actividades lo habían definido ya en la neta diaphanidad de un patriota. El haber estado al frente del primer Diario de Centro-América, como periodista doctrinario y fecundo, son circunstancias que dificultan el brillo más que lo facilitan cuando no se tiene caudal de luz propia, porque nada es tan sensible a los roces de la lucha como los destellos de puro reflejo; y porque ha de ser muy alto el mérito para tolerar la prueba y se le juzgue en el ejercicio de ministerios tan sagrados. Inició una dinastía de talento, de gravitación, de altura en los prodigios y en los anhelos, de serena altivez en todos los gestos. Y a fe que ante su cuerpo inanimado evoca el espíritu la imagen del grande anciano, que pusiera en el hijo todas sus esperanzas de padre y de guatemalteco; y se turba el alma, bajo la visión de los dos viajeros que van a encontrarse en la lejanía misteriosa.

MARIANO LOPEZ MAYORICAL

Miembro de la Sociedad de
Geografía e Historia de Guatemala.

Henos aquí reunidos en esta mañana de Viernes Santo, para darle al amigo, Virgilio Rodríguez Beteta, la postrer despedida. El último adiós de amigo, posible dentro de la inmensa concepción humana. Pero, con la firme esperanza de que ya Virgilio ha iniciado la nueva vida, la eterna, la que no tiene fin y por consiguiente la verdadera vida. Dos sentimientos embargan hoy nuestros corazones. El sentimiento de pena, de tristeza, de dolor profundo consecuencia que causa la muerte en el hombre; y, el sentimiento lleno de esperanza, de ilusión y de satisfacción porque sabemos que Dios ha recogido ya en su seno a Don Virgilio Rodríguez Beteta para premiar toda una vida de abnegación, de sacrificio, de desinterés patrio. Porque eso fue la vida de Don Virgilio.

Ante su cadáver, no puedo menos que pasar una mirada de cariño a la vida de tan insigne patriota

Un hombre que como tal supo cumplir en la vida. Caballero excelso sin envidias, sin rencores, con un corazón noble, generoso, que sólo buscaba el bien de sus semejantes. Amaba entrañablemente al indígena, casi fue éste, el pensamiento fijo de su vida. Aspiraba a levantar el nivel cultural, social y económico del indígena guatemalteco. Recuerdo que ya en la Comisión Nacional de Unesco planteaba ese problema con la esperanza que la máxima organización cultural, la Unesco, se interesara por él.

Como literato, puso siempre el nombre de Guatemala en lo más alto. Fue admirado y reconocido como uno de los más grandes literatos de América. Sus obras literarias, de todas conocidas, son el más fidedigno testigo de mis palabras. Su obra literaria es grande y deja muchas obras inéditas, porque la muerte le sorprendió en plena actividad, como yo lo recuerdo en su pequeño cuarto de trabajo, en donde, tantas veces tuve el honor de platicar con don Virgilio, de nuestros problemas nacionales y de sus grandes inquietudes mayas.

Como político, supo sortear las dificultades para dar a Guatemala todo aquello que a su juicio era un bien nacional. No medró con la política, en su provecho personal, como hoy es tan frecuente, al ocupar altos puestos gubernamentales, a desempeñar puestos diplomáticos, algunas veces para disfrazar con él, un destierro obligado. Sin embargo, la muerte sorprendió a don Virgilio Rodríguez Beteta, pobre, con grandes preocupaciones económicas, pero rico en actos de generosidad y de amor a la Patria.

Su vida política a la vista de todos. Y no puedo olvidar, el gesto grandioso de Virgilio cuando, siendo Embajador de nuestro Gobierno, ante el gobierno español puso en práctica el Derecho de asilo, movió a todo el cuerpo diplomático acreditado ante aquel gobierno para salvar tantas vidas de mujeres y niños que sufrían las consecuencias dolorosas causadas por el comunismo internacional en la Madre Patria, durante la penosa guerra civil española. Me imagino al Gran Virgilio, recorriendo las calles de Madrid, para recoger a niños, mujeres y hombres, y bajo la protección de nuestra bandera salvarles la vida. Este es un gesto de Virgilio Rodríguez Beteta, que habla por sí mismo de sus grandes y excelsas cualidades humanas.

La época de su niñez, su educación, y el ancestro familiar lo llevó a ser gran admirador del liberalismo y de don Justo Rufino Barrios. Pero sus actos políticos y humanos lo llevaron por senderos distintos. Y así, lo vemos de Gran Samaritano, por las calles de Madrid, salvando vidas humanas y usando el principio, que más tarde sería reconocido por todos los países, como el DERECHO DE ASILO. Derecho que desde los primeros tiempos defendió la Iglesia Católica.

Como a don Justo Rufino Barrios, la muerte lo sorprendió un Jueves Santo. Pero, su vida laboriosa queda de ejemplo a los guatemaltecos.

LICENCIADO ANTONIO DU TEL

Sub-Director de la Comisión
Nacional de la Unesco de Guatemala.